

El materialismo y la economía política.

En esta serie de conferencias, destinadas, sin duda, á probar que el materialismo está por todas partes en evidente retroceso, la tarea que se me ha encomendado parece harto ingrata, casi una apuesta ó desafío. En efecto, la economía política es por todo el mundo considerada como una ciencia esencialmente materialista, tanto en el sentido físico como en el sentido moral de la palabra. Por definición es «la ciencia de la riqueza», y se distingue de las demás ciencias sociales, morales y políticas precisamente en que estudia cómo, por qué medios y bajo qué leyes los hombres proveen á sus necesidades *materiales*, desde las de la alimentación hasta las del lujo. El objeto de la economía política es la mercancía, es decir, todo lo que veis de muestra en los almacenes, amontonado en los mercados, en los graneros y en las despensas, embalado en los cajones, ó viajando por tierra y por mar sobre los vagones ó en las bodegas de los buques. Y lo que se llama las cuestiones económicas, son siempre las

que atañen al interés material. Cuando, por ejemplo, se trata de un matrimonio, la cuestión económica es la del dote, que jamás se confunde con la cuestión del sentimiento. En el Palacio de las Ciencias, la economía política está recluida en la cocina; al lado de sus altivas hermanas es la Cenicienta.

Con todo, sostendré la apuesta y aceptaré el desafío, intentando demostraros que la economía política está en camino de desmaterializarse, y como no puedo estudiarla en conjunto, me limitaré á su objeto esencial, la riqueza, y á haceros ver qué evolución ésta ha sufrido, tanto en su concepción científica como en su función social.

La primera concepción de la riqueza era por completo materialista, en el sentido de que los fundadores de la ciencia económica, los fisiócratas, no concebían otra riqueza que la que sale de la tierra, ni otro trabajo realmente productivo que el del labrador ó del minero. Para ellos la riqueza ha sido creada y amasada de la tierra, como el primer hombre, según nos dice el *Génesis*. Por tal razón, los primeros economistas negaban que los productos industriales fuesen también riquezas y que los artesanos que las creaban fuesen productores, en el sentido de que todo trabajo industrial no hace más que transformar las primeras materias salidas de la tierra: las transforma, pero no las crea. El hombre nada añade á la cantidad de riqueza existente;

sólo la naturaleza tiene la virtud de crear algo nuevo, de dar «un producto puro», como decían en una fórmula célebre, porque sólo ella ha heredado la virtud misteriosa y divina de crear la vida. La tierra produce el trigo, y el molinero y el panadero no hacen más que transformarlo en pan. La oveja da su lana, su leche ó su carne, y el tejedor, la labradora ó el carnicero no hacen más que transformarlos en paño, manteca ó *beefsteaks*.

Y esto es verdad, desde el punto de vista de la materia; mas ¿por qué la forma no ha de ser una riqueza, tanto ó más que la materia? ¿Qué nos importa el mármol en que está tallada la *Venus de Milo* ó el lienzo sobre el que se pintó la ligera *Ioconda*? La alegría que nos producen viene únicamente de la forma, del dibujo ó del color. Y esto mismo sucede con los productos humildes. La forma del vaso en que bebemos, del tenedor con que comemos, del sillón confortable en que descansamos, de los vestidos que traemos, es lo que nos interesa. Al ingenioso arreglo de unos trozos de metal debemos el reloj que mide el tiempo con precisión, ó el arma de fuego que lleva la muerte á distancia. Siendo así, ¿por qué la forma no ha de ser riqueza, y por qué el trabajo que crea la forma no ha de ser productivo en el sentido más amplio de la palabra?

En efecto, la economía política ha dado en seguir este paso, y ha dicho: la riqueza es el producto del trabajo. Marx ha querido demostrar que el valor

de las cosas no es más que la cantidad de trabajo que se encuentra almacenada y cristalizada en ellas. Pero aun así, nos hallamos dentro de una explicación materialista. Y la clase obrera, adoptando con prontitud esta explicación, ha deducido que el trabajo manual es lo que constituye la riqueza; y puesto que es el autor de las riquezas todas, él únicamente debe reclamarlas.

Pero adelantemos un poco más. ¿No es la forma misma, no es la materia lo que hace la riqueza? ¿Qué es la riqueza? Es el valor. ¿Qué sería la riqueza sin valor? Una palabra sin sentido. La luz del sol, el aire que respiramos, el agua que corre en el arroyo, son bienes en el sentido de que son fuentes de vida y bienestar, pero no son riquezas sino en el sentido metafórico de la palabra, porque no tienen valor, no se cotizan en el comercio y no se cuentan en nuestro patrimonio. ¿Qué es, pues, lo que constituye el valor?

Hoy día apenas hay economista que crea que el valor es creado por el trabajo. ¿Qué importa al consumidor el trabajo gastado para producir el vino que gusta, el libro que lee, el collar de perlas que regala á su esposa? Lo que le importa es el goce gustado, la emoción sentida, en resolución, el deseo satisfecho. *El deseo: he aquí la única causa del valor;* por esta razón, hace tiempo que he propuesto reemplazar la palabra valor, en el lenguaje económico, por la de *deseabilidad*.

Así la noción de riqueza se separa poco á poco del objeto que le servía de apoyo; no está en la cosa, está en el hombre; no está en el orden físico, está en el orden psicológico. Sin duda que el deseo que las cosas despiertan en nosotros se halla en cierta relación con sus propiedades físicas ó químicas, pero no les está sojuzgado. Y la prueba es que las mismas cosas pueden, según los tiempos, según los lugares, según las circunstancias, perder ó ganar todo su valor. Durante el período de mala venta de vinos que desoló el Mediodía de Francia, el mismo vino encerraban los toneles, y las mismas cepas y el mismo sol y las mismas labores y los mismos sudores de los obreros lo habían hecho madurar: contenía, según la fórmula de Marx, la misma cantidad y el mismo número de horas de trabajo humano; y, sin embargo, no tenía valor, porque no era pedido, y el viticultor padecía miseria ante sus bodegas rebosantes. Bien podrían todos los cíclopes forjar sin descanso el hierro de los cañones y de los blindajes, que su prodigiosa obra quedaría sin valor el día en que la paz, con un solo gesto, hiciese sus fraguas inútiles. Trajes pasados de moda y que harían que hoy el que los llevara fuese objeto de risa, sillas de manos de nuestras abuelas, ruecas del tiempo en que la reina Berta hilaba, ¿qué vale todo eso hoy? Nada, sino para el coleccionista, que tiene precisamente en nuestras sociedades la función rara de resucitar los valores muertos.

El valor no es, pues, más que el reflejo de nuestro propio deseo sobre las cosas. Como el fuego que da vueltas en un faro, nuestro deseo se pasea aquí y allá; tan pronto como su rayo se posa sobre un objeto, le hace saltar de la sombra y aparecer brillante á las ávidas miradas de los hombres y todas las manos se tienden hacia él; pero tan pronto como el rayo lo deja, el objeto desaparece y se apaga, volviendo á zambullirse en la noche. ¡Antes tenía valor, ya no lo tiene!

Véase por esto cómo el valor-deseo vale más que el valor-trabajo. El trabajo participa necesariamente en la materialidad de las cosas contra las cuales lucha; el trabajo es el esfuerzo, el esfuerzo del peso que hay que levantar, la distancia que franquear, la duración que le oprime. ¡Qué diferencia de con el deseo! Este no conoce los límites en el espacio ni en el tiempo; el deseo tiene alas; el trabajo no tiene más que brazos.

¿Estamos al cabo de esta ascensión en la espiritualización de la riqueza? Aún no. ¿Qué es, en efecto, lo que crea el deseo? Es la creencia en la satisfacción deseada, esperada, ó dicho de otro modo, es la fe. Tarde, y antes de él Espinas, habían señalado este papel de la creencia en la evolución económica. «El porvenir (decía el último) estará constituido por lo que más amemos, y como el deseo á su vez descansa sobre la creencia, el porvenir estará constituido por lo que creamos más». La creencia puede

estar mal fundada y puede ser errónea; no importa; basta que exista. Deseamos el oro porque creemos que tiene la virtud de hacernos felices; deseamos el alcohol, porque creemos que nos recalentará, nos fortificará ó nos consolará; deseamos una casa, porque creemos que encontraremos en ella la paz de nuestra vejez. Y si contempláis ese gran mercado de todos los valores que se llama la Bolsa, ¿qué veis? Todos los valores que suben ó bajan en una ebullición furiosa, con la esperanza de algún acontecimiento, tal como el pago de un gran dividendo, una elevación de la tasa del descuento, un brindis amenazador de algún jefe de Estado. Se dice hoy que la riqueza es el crédito, y es verdad; el crédito representado por los billetes de Banco, los cheques, las letras de cambio, las acciones y obligaciones; pero, ¿qué es el crédito, por definición misma y por significación etimológica más que *un acto de confianza*: crédito, *credere*, creer, tener confianza?

¡Y la especulación! La especulación que trae la fortuna ó la ruina, ¿qué es sino la fe en algo que debe de suceder, la firme seguridad que la encarnada ola negra va á pasar ó que se va á convertir en ganancia? E inversamente, desde que no se cree en la utilidad de las cosas se deja de desearlas y su valor se apoya al mismo tiempo que su fe. Remedios que no curan, porque ya no se cree en ellos; aguas milagrosas que no hacen ya milagros; valores llamados «pies húmedos», por cuanto son los

desterrados de la Bolsa que no pueden ser negociados más que bajo los pórticos... ¡qué larga sería la lista de los valores que han dejado de ser porque se ha dejado de creer en ellos!

Podéis ahora medir el camino recorrido. ¡De la riqueza-tierra de los antiguos economistas á la riqueza-fe de hoy, hay ascensión tan grande como la escala de Jacob, que tenía el pie en la tierra y el pináculo en el cielo! ¡Cómo se ha idealizado y sublimado la noción de la riqueza! Ciertamente que aquí cabe me detuviésteis, diciéndome: Todo eso puede ser prueba de que la riqueza está desmaterializada, pero no moralizada. Si el físico nos muestra la materia pasando del estado sólido al estado líquido, después al estado gaseoso y tal vez á un cuarto estado, que es el estado radiante, sin que nadie nos impida admirar este fenómeno, pero desde el punto de vista moral semejante volatilización es perfectamente indiferente. La escala de Jacob, que acabo de recordar, parece fuera de lugar aquí, porque vemos ha dicho que por esta escala los ángeles subían y bajaban. Ahora bien: la escala que acabamos de levantar aquí, lo mismo puede servir á los demonios que á los ángeles, á los peores demonios, á los de todas las codicias. ¿Qué importa que en adelante el valor esté fundado sobre el deseo ó sobre la fe, si este deseo y esta fe tienen objetos abyectos? ¿Qué importa que la antigua riqueza de la naturaleza de nuestros padres sea reemplazada por la

riqueza-crédito ó por el cheque? ¡Cuántos *carneys* de cheques harían enrojecer si contasen su historia! ¿Dónde está el progreso?

Muchos economistas declararían que no tienen nada que responder á la objeción, porque la economía política y la moral son dos dominios absolutamente diferentes y deben quedar así; y que la ciencia económica tiene únicamente por objeto, como toda otra ciencia, exponer y explicar los hechos, pero no de decir dónde está el bien y el mal. Sin embargo, como yo soy precisamente uno de los economistas que profesan otra opinión, á saber, que la economía política y la moral no pueden separarse, acepto el ser llevado á este nuevo terreno. Pero ¿qué sentido hay que dar entonces á esta palabra: el materialismo en economía política? Es preciso, sin duda, investigar *por qué deseamos la riqueza*, y habrá en ella progreso, no económico, sino moral, si podemos comprobar que es deseada para fines cada vez más elevados. Ahora bien: yo lo creo así, pero vosotros esperáis á que en este nuevo dominio el progreso nos aparezca bajo rasgos menos ciertos.

Yo veo tres grados en el deseo que suscita en nosotros la riqueza. El primero y más bajo es el del *gocé* de las satisfacciones procuradas á nuestros sentidos, satisfacciones que además no son necesariamente materiales, como el comer y beber, y que pueden ser de orden intelectual, tales como los

goces, el teatro, de las artes y del lujo elegante, pero que son completamente egoístas, puesto que tienen sus fines en nosotros mismos.

El segundo grado es el deseo de la riqueza para el *poder*, para el mando que da sobre los hombres y sobre las cosas. Este es un grado superior al precedente, del mismo modo que la ambición está por encima de la gula. Pues bien: me atrevo á decir que un gran número de hombres, ó por lo menos que los más ricos, han llegado á este segundo grado. Comparad el género de vida de uno de esos millonarios americanos que se llaman los reyes del petróleo, ó del acero, ó de los caminos de hierro con la de los señores de la Edad Media. Un conde de Warwick en la Edad Media empleaba su riqueza en tener un gran tren de casa, en francachelas y en dar de comer en su mesa á 20.000 vasallos ó clientes. Un Lúculo tenía en su guardarropa 1.500 capas de púrpura. Pero los magnates de la industria moderna viven como cualquier burgués. Generalmente no tienen más que un *carnet* de cheques, es decir, órdenes dadas á otros hombres, á millares de hombres, á banqueros, ingenieros, armadores, directores de Compañías, proveedores, órdenes dadas de pagar para ellos, de trabajar para ellos, de viajar para ellos. *Páguese á la orden de ...*, he aquí la fórmula significativa que veis inscrita sobre todos los cheques, letras de cambio y títulos de crédito. Y para ejercer este mando no es preciso

ser millonario; cada uno de nosotros lo ejerce en la medida del dinero que posee. En la parábola del Evangelio, el centurión dice á Cristo: «Aunque yo no soy más que un hombre inferior, puedo decir á un soldado: ve, y él va; ven, y él viene; á mi criado: haz esto, y él lo hace.» Pero hoy, mejor que cuando el centurión, aquel que tiene una partícula de riqueza, puede decir á otro: ve, y él va; ven, y él viene; haz esto, y lo hace. ¿Es patrono? Su dinero-riqueza es lo que le da autoridad sobre sus obreros y les hace ejecutar la tarea designada. ¿Es rentista? Su dinero es lo que, bajo la forma de préstamo, hace doblar las rodillas á los deudores y ejecuta á los insolventes. ¿Es un simple comprador? Su dinero hace las mandas (¿entendéis ahora bien la fuerza de esta palabra vulgar?), y por esto dirige la industria en los canales que designa. En suma: puede decirse que hoy, si la riqueza es tan deseada, si tantos hombres corren en su persecución «con un afán sin alegría», como decía elocuentemente Secretan, es menos por los goces que procura que por los poderes que confiere.

Pero se dirá: este empleo de la riqueza, ¿no es también una forma de egoísmo? Sin duda; pero muy superior á la precedente. El goce es un goce que se repliega en sí mismo; el mando es un egoísmo que se despliega, que se extiende y que sale de sí, puesto que para mandar á otro es preciso mirar á otro sin cesar y pensar en otro. E implica, necese

sariamente cierta reciprocidad, cierto cambio de servicios, dado que no puede mandar á otro sin pedir á otro, no se puede hacer marchar á otro siempre sin acompañarlo alguna vez. Y así en esta segunda fase el deseo de la riqueza tiende inconscientemente á evolucionar y á convertirse en la tercera fase que es de desear: la riqueza para el *servicio* de otro.

Me guardaré muy bien de decir que esto sea ya la forma superior del deseo de la riqueza que estimula al mundo: ¡todavía estamos lejos! Pero también se manifiesta acá y allá. Hay en esos millonarios quien no solamente disgustados de los goces que la riqueza puede procurar, sino también del poder formidable de que les ha investido, se descargan de ellos en favor de las obras de utilidad pública. Rockefeller ha distribuido, según dicen, 730.000.000 de francos en fundaciones para Universidades, y todos sabéis por los periódicos que acaba de dar 55.000 francos para comprar la casa de Pasteur. En cuanto á Carnegie, se evaluaba recientemente en 1.139.000.000 sus donativos para bibliotecas y fundaciones destinadas á establecer la paz entre las naciones. En la Cámara de los Diputados (sesión del 19 de Diciembre de 1911) decía Jaurés: «Parece que los multimillonarios, llegados á la cumbre de su fortuna magnífica, sorprendidos del vacío de los horizontes, que no llena más que el reflejo del oro, buscan, antes de morir un ali-

mento más noble á su pensamiento y á su alma. Cansados de sus inmensas riquezas, parécense á un sol enorme y fatigado que buscarse en qué punto del Océano deberá extinguirse.» Esta espléndida imagen se presta á la crítica tan sólo en que no es «extinguirse» el perpetuarse en un más noble empleo de la riqueza.

Pero mejor que estos actos individuales y excepcionales, lo que demuestra que algo cambia en el agrio deseo de la riqueza, son esas innumerables instituciones: solidaridades, mutualidades, cooperativas; son esas asociaciones á que los juristas y los legisladores dan tan hermoso nombre: «Asociación sin fin lucrativo», lo que quiere decir precisamente que ellas no amasan para sí mismas la parte de riqueza ya considerable que poseen, y no tienen por fin el provecho, sino el servicio de otro. Se les ve levantar aquí y allí la corteza dura y horadar como la campanilla blanca después de un largo invierno y después del deshielo, porque ha habido una especie de deshielo en la economía política, en la ciencia de la riqueza, tal como ha salido de las manos de los primeros economistas, brillante y clara como el cristal, pero frígida y rígida también como el cristal mismo; sus aristas, duras y cortantes, parecen ablandadas bajo un nuevo hábito. Ningún economista se atrevería á repetir hoy lo que escribía hace sesenta años un economista ilustre, de espíritu liberal y moderado, Dunoyer: «La miseria

es un mal necesario... Es bueno que haya en la sociedad lugares inferiores donde estén expuestas á caer las familias que se conducen mal. La miseria es ese terrible infierno.» No, no creemos en la necesidad de un infierno social, ni en ese juicio feroz que condena al infierno á todos los miserables porque sean viciosos. La doctrina de la solidaridad más indulgente, sin ser menos científica, nos enseña hasta qué grado somos cómplices, si no autores de todas esas miserias, y nos enseña al mismo tiempo cuántos de estos miserables han cooperado á nuestra riqueza. Nos enseña que no hay una sola riqueza de que pueda decirse: es absolutamente mía, entendiendo por esto que no debe nada á nadie. Esa riqueza no viene á nuestras manos sino cargada de hipotecas. Durante el tiempo en que se veía en la riqueza el fruto material del trabajo, se podía creer de la propiedad absoluta de aquél que había plantado el árbol, aunque ya en esta doctrina fué difícil explicar por qué el que plantaba el árbol no era siempre el que cogía los frutos. Pero hoy, puesto que la riqueza no es más que el valor, y el valor mismo no es debido más que á la demanda y á los deseos de todos los que nos rodean, sabemos que pertenece, al menos en parte, á todos los que nos rodean, puesto que son sus necesidades mismas las que las han creado. La riqueza material puede ser un producto individual, aunque no siempre; pero el valor es siempre un producto *social*, puesto que

no hay valor donde no hay cambio. Traduciendo esto en lenguaje económico, diremos que una parte de los beneficios debe volver al consumidor ó, según los casos, á la comunidad por el impuesto.

Y así es cómo entramos poco á poco en una fase superior de la riqueza social. Si bien que se nos dirá: ¿superior por qué? ¡Tened cuidado! El día en que la riqueza deba servir más á los otros que á nosotros mismos, se tomará el hombre menos trabajo para producirla, y el vuelo de la industria aflojará. Esto es posible y aun probable. No creo que el amor de otro pueda nunca reemplazar el interés personal como motor de la producción. ¿Pero es necesario que la producción de las riquezas aumente sin cesar y que el progreso de los *dollars* empuje á los hombres jadeantes y fatigados hacia un fin que huye incesantemente? ¿Es este el destino fatal de la humanidad? ¿Por ventura el deseo de las riquezas ha sido en todos los tiempos y en todos los pueblos tan furioso como hoy? El economista alemán Knapp dice muy bien que la Edad Media no ha conocido el instinto del lucro. Hubo épocas en que los hombres pasaban el tiempo en pensar en otra cosa y en que la riqueza, por ser menos envidiada, excitaba menos, y los que no la tenían, se consolaban más fácilmente, y los que la tenían, la mostraban con menos orgullo. Y todavía sucede así en esos países del Islam, de que tanto se habla en esos momentos y que despreciamos porque son po-

bres y no se cuidan de hacerse industriosos. Es verdad que apenas se sabe trabajar allí, pero se sabe soñar, se sabe orar, se sabe morir. Yo no pido que la civilización cristiana se convierta en musulmana, porque no hay necesidad de ello. Basta remontarla á sus orígenes y al Evangelio para encontrar en ellos el anatema, no precisamente de la riqueza, sino del deseo de la riqueza, de lo que la Iglesia designa con una palabra (cuya significación ha perdido su valor primordial) *avaricia*, y aquel consejo con tanta frecuencia ridiculizado de aprender de los lirios del campo que no trabajan ni hilan. Yo espero, en efecto, que llegue un día en que los hombres que trabajan y que hilan, podrán mejor que hoy contemplar los lirios del campo, es decir, no pasar toda su vida ocupados en producir pan para ellos y provecho para otros.

Un gran economista, Stuart-Mill, predecía que el río de la industria, que se desliza hoy tan fogoso y tan cargado de lodo, disminuirá bien pronto su caudal y se desaguará en una loma tranquila donde dejará reposar sus aguas y depositará su limo. Tal es lo que él llama el «estado estacionario» y que veía venir sin pena y hasta con alegría, aunque economista, y tenía razón, porque si nunca el deseo de las riquezas se extinguirá en el corazón de los hombres, este corazón no por eso quedará vacío del todo y otras pasiones más nobles le harán latir. Entonces la riqueza será, en efecto, me-

nos deseada, pero mejor empleada, y no será, en todo caso, deseada como un fin, sino como un medio de servir á fines que la sobrepujan.

Así, de igual modo que hemos reconocido tres etapas en la historia de la noción de la riqueza: riqueza-tierra, riqueza-trabajo y riqueza-fe, volvemos á encontrar tres grados en la función de la riqueza: riqueza-goce, riqueza-poder y riqueza-servicio. Y la ascensión de la economía política, por esta doble escala nos muestra que aun en esta ciencia el materialismo ha evolucionado de un modo singular.

Tal vez os habrá sorprendido no encontrar en mi conferencia una crítica de la doctrina célebre conocida por el nombre de *materialismo histórico*; pero me ha parecido que, á pesar de su nombre, quedaba fuera de nuestro asunto.

CARLOS GIDE.

Profesor en la Facultad de Derecho de París.